

10

DIÁLOGO
ENTRE DOS POLÍTICOS

SOBRE LA MAYORÍA

DE LOS

MÉDICOS ESTRANJEROS

QUE HOY EJERCEN SU PROFESION

EN ESTA CIUDAD.



MEXICO:

IMPRESA DE GALVAN, A CARGO DE MARIANO AREVALO, CALLE DE
CADENA NUMERO 2.

1884.

DIALOGO

ENTRE DOS POLITICOS

JOSE L. BUSTOS



CON UNO DE LOS AUTORES DE LA OBRA

EN UNO DE LOS VOLUMENES



EN UNO DE LOS VOLUMENES

DE LA OBRA ENTITULADA "DIALOGO ENTRE DOS POLITICOS"

1853

Ramon. ¿ Como te vá, hijo mio?

Manuel. No he tenido novedad. Venia pensando que en medio del baturrillo de cosas políticas y morales que notamos en este siglo, unas muy buenas y otras muy malas: en medio del trastorno en que se hallan hoy todas las cabezas, viendo por una parte á los pobres viejos que arrugan la frente y se quedan atónitos al hacer comparaciones entre las costumbres de hoy y las de su juventud; por otra á los de edad media, que si se hubiesen de juzgar por su prespectiva, al verlos en las calles de esta populosa ciudad tan acicalados, tan erguido el cuello y la corbata que lo rodea, tan graves y mesurados en su andar, tan finos en sus maneras, en sus ofrecimientos, en su filantropia, en la rectitud de sus conceptos, creeria uno que se hallaba entre los mismisimos discipulos de Catón: en medio, digo, de esta situacion eterogenea de amargo, de dulce, de desabrido, de pueril y razonable, igual en todo á aquel periodo arriesgado y terrible que tú sabes que corre un pueblo nuevo entre su soltura política y la consolidacion de sus costumbres; ha venido á ocuparnos hoy una cuestion bien estraña.....

R. Creeria que nunca acababas con tal escordio. ¿ Qué diablo de cuestion es esa ?

M. La de la mayor parte de los médicos estrangeros que se ha soltado cobrando á todo el mundo gruesas sumas de dinero por poco trabajo. Dias hace que habia oido esta especie, y acaba de confirmarse en un corrillo de personas, para mí de todo crédito. Han citado varios hechos.....

R. Lo que yo estraño es, que teniendo tú tanto mundo, y que cuando apenas cuentas treinta y cuatro años, te has vuelto calvo de pensar sobre las tracasillas de los hombres, sea para tí estraña una cuestion que está en el orden de los acontecimientos mundanos. Si considerases que este pais está sediento de todas las costumbres de mar en fuera, las cuales recibe

sin ecsamen, sin consideracion alguna á la razon clásica de si son ó nó adaptables á su educacion y á su carácter: si fijases la atencion en que un enjambre de hombres de todos los climas, cuando se prepara á venir al empório de México, al país por esencia del oro y de la plata, viene atestado de la idea de que somos todos unos inmensos ignorantes blasonando de instruccion en todas materias; y que ellos solos, saliendo de las naciones en que las ciencias y las artes han llegado á su apogéo, son los únicos oráculos que debemos oír y creer: si observases que cuando tales hombres llegan á nuestras playas, por desgracia suma encuentran en gran parte confirmadas estas ideas, y que sobre todo ven ese afan de la clase que estudia en los libros franceses de politica, de morirse de afeccion por ellos, de agasajarlos, de imitarlos, y si son hombres iniciados en alguna profesion ó facultad científica, á solo dos palabras dichas en el método analítico del siglo, nuestros paisanos ya los califican de iguales á Harvée, á Newton, á Buffon, á Leibnitz, á Locke, á J. Bentham etc. etc.: si fijases tambien la atencion en cuanta es la influencia que ejerce sobre la muchedumbre tonta, y las cabezas frivolas la razon de ser nativos de los países que han producido tan ilustres hombres: si observases, digo...

M. Cállate, cállate, porque has dicho una multitud de cosas que necesitan ecsamen detenido. Has sentado una porcion de principios que tienen mil escepciones. Vamos á la cuestion. Despues si nos queda tiempo analizaremos tus proposiciones.

R. Pues di, habla, que me gusta oírte.

M. Sabes que mi alma se irrita contra todo lo que no está puesto en razon. Sabes que soy filósofo, que soy partidario de la igualdad y que me he alistado en las banderas de la democracia: que el pobre y el rico son iguales ante mis ojos: que solo se diferencian por sus cualidades; y que á los sedientos de oro y de dignidades los miro como avechuchos miserables que solo se afanan por no confundirse con la plebe en vida, cuando al morir todos hacen las mismas contorsiones, y ocupan igual espacio de tierra. Pero vivimos en sociedad, y puesto que nuestra desgracia ó nuestra fortuna, nos obliga á guardar inviolable el derecho terrible de propiedad, estoy siempre interesado en que á cada uno se le dé lo que es suyo. Por ejemplo, un espíritu frívolo, de poco dinero, y criado á la moda, se alegraría que á las grandes fortunas de México se les quitase una gran parte de las riquezas que con tenacidad

guardan, por medio de actos semi-políticos y repetidos; y que los artistas, los médicos, los embaucadores de todo órden, les cobrasen ciento por lo que vale uno. Yo pienso con mas racionalidad. Si un médico va á casa de un pobre, celebro en mí corazon que ningun estipendio reciba; y si toma el pulso á uno que tiene dinero, está bien que le cobre su trabajo. Pero ¿cual es la medida de este trabajo?... ¿Has de creer que un doctorcillo con anteojos, que es señal en el dia de ciencia infusa, por solo cuatro horas que ha estado sin hacer nada en una casa rica, ha tenido el valor de cobrar un ciento de pesos? ¿Y que habiéndose el gefe de ella resistido á entregarlos, se ha presentado y demandádolo en juicio?

R. Ha hecho muy bien, si así ha creído que se le habian de pagar. Está eso conforme con los principios que despues hemos de analizar.

M. Pues en efecto, resultó del juicio que fué acreedor á ellos. Voy á contarte la historia, con la mas nimia exactitud, porque he tratado de imponerme á fondo para no hablar de memoria. Como tú sabes que yo, alguna muy rara vez, suelo enviar mis borrones á la prensa, puede suceder que ahora me dé esa mania común, y primero quisiera una descarga de palos sobre mis costillas, que algun lector me afease con la negra nota de embustero. Una niña recién casada, hija de la casa, hácia el mes de octubre último hubo de parir por primera vez. La casa, por sentado, tenia su médico de cabecera, hombre de la escuela del doctor Broussais, sistemático de ella, de pasiones fuertes, y que cuando no está irritado no deja de ser imparcial en sus juicios. La madre de la niña, acongojada al ver que el parto de su hija se dilataba un poco mas de lo ordinario, preguntó á su médico antiguo, que como era natural se hallaba presente, ¿si nó seria oportuno mandar llamar á un otro médico ó á dos, para que se le asociasen si habia riesgo? Convino en la proposicion deseoso del acierto. Una persona de afecto é interes para la casa salió á buscarlos, y á poco rato vinieron en efecto. Mas al subir el médico demandante de los cien pesos la escalera de la casa, ya la niña habia parido con felicidad. Está hoy buena y sana y su niño tambien. Hasta pasada una hora no entró á ver á la parida. Quedaba pendiente la salida de las secundinas, cuyo retardo, segun los iniciados en el arte, no se hace temible aunque la paciente tarde en arrojarlas algunas horas, con tal que este retardo no vaya acompañado de otros síntomas de

mal agüero. Dicen esto, yo no soy médico; parece que el buen principio es dejar obrar á la naturaleza. El parto se verificó á las dos y cuarto de la tarde. Las secundinas salieron á las cinco. Nuestro doctor, como era regular, se quedó á comer. A las seis bajaba la escalera para irse, y un dependiente de la casa le presentó media onza de oro. La reusó. Volvió á la noche: tomó el pulso á la parida que seguía su curso natural: se fué, y para nada mas volvió á la casa. A pocos días pasó una cuenta cobrando cien pesos. ¡ Cosa estraña !... A propósito, hijo mio, ¿ no te parece manera nueva, introducida desde que vestimos y comemos á la francesa, que los médicos pasen cuentas !... Nada tendría de particular, si tales cuentas estuviesen fundadas en razon. Pero este comportamiento, poco delicado en una profesion toda de humanidad, tiene por base la razon secreta de cobrar lo que se quiere, á roso y belloso, sin aguardar á que tal vez ande poco generoso el enfermo rico, si nada se le pide.

R. Sigue, sigue por tu vida. Déjate de comentarios.

M. El gefe de la casa, cuyo amor propio, segun estoy entendido, no deja de herirse cuando se le ecsige una cosa poco delicada, tenia ya su opinion un algo prevenida en contra de estas modernas cuentas. Sabia que no era la centésima vez que en México se habian pagado, comunmente por no entrar á disputa, ni la décima en que su excesivo monto ha originado litigio, ni la primera en que su fibra se habia irritado y visto-se su buena fe burlada en el particular de cobros de médicos estrangeros. Respondió al doctorecillo de los anteojos, que no se hallaba en disposicion de pagar tal suma: que la ecsigencia no descansaba sobre fundamento alguno racional: que repugnaba esto á las costumbres del pais; en una palabra, que no encontraba razon para pagarle cien pesos por solo haber estado en su casa cuatro horas, sin haber hecho ninguna operacion.— Razones del ecsigente; pero ¿ quien pone freno á mi trabajo ! Yo cobro á una casa rica. No saben aqui palabra. En Francia, la gente de posibles, paga á un médico á manos llenas, porque no lo consideran como á un barbero, con cuyo carácter nos quieren ver aqui, sino como un caballero, un amigo, un hombre científico, como un literato, en fin, lleno de consideraciones y circunstancias—. Pues, señor mio, respondió el ecsigido: vd. tiene que amoldarse á la práctica del pais en que vive, porque seria una solicitud temeraria que una docena de hombres estrangeros á él, saliesen triunfantes

en la peregrina idea de dar leyes á siete millones de habitantes. Le esplicó lo que es un cuasi contrato, que en último resultado era lo que debia guiarlos en la materia: que un enfermo desde su cama, no podia previamente entrar al ajuste de cuanto habia de dar á un médico por la visita, con especialidad cuando no se trataba de hacer ninguna operacion extraordinaria, sino que le pagaba despues con arreglo á la costumbre: que en México, esa práctica estaba reducida á que si la casa era mediana en sus proporciones, por cada visita pagaba al médico un peso, y si era de conocidas posibilidades un par de pesos: que no habiendo hecho ninguna operacion, prudentemente se habia computado el tiempo perdido; y suponiendo que en cuatro horas hubiese vd. señor doctor, podido hacer cuatro, ocho, doce, diez y seis, y hasta veinte visitas, importaria la cuestion, tirando por copas, cuarenta pesos.— Pero nuestro maestro de Hipócrates se aferró, por fin, en que no habia de bajar su estipendio de cinco onzas. No se trataba ya, mi querido Ramon, de cuarenta y cinco ó cincuenta pesos mas ó menos, sino de alimentar la justicia, y si se quiere el amor propio de una cabeza que tenia á su favor todas las razones, empezando á dar ejemplo al mundo de resistencia á este moderno descaro.

Estos mismos argumentos se esplanaron en el juicio, y no pudiendo avenirse las partes, convinieron en que dos peritos fallasen en el asunto. Debes suponer que el instinto maquina de las afecciones llevó á nuestro doctorcillo á nombrar por su parte á otro médico estrangero, y la casa demandada, por la suya, á uno del pais. Has de saber tambien que el perito del doctor fue justamente el médico citado de cabecera, que en esta ocasion no pudo menos de haber fallado en la rectitud de sus principios, porque dicen malas lenguas, que el demandante actual, á su vez le habia servido igualmente de perito en el año prócsimo pasado, para cobrar otra moderna cuenta á la casa del finado Mr. Portefai....

R. Y de consiguiente en el mundano orden, necesario era que á su turno el perito de que se trata dictaminase en su favor, porque ya sabes la disposicion del hombre en servir con reciprocidad cuando se trata de bolsillo ajeno. Es probable ademas que la defensa de la causa comun tuviese una buena parte en su juicio, porque, hijo mio, el interes de los médicos estrangeros no puede menos de ser auxiliarse recíprocamente en la esaccion de esas cuentas modernas.

M. Dicen tambien que este perito estaba algo resentido con la casa demandada, porque no se hubo mostrado tan generosa como él creia en el pago de las últimas cuentas que la pasó. Afirman unos, que por este mismo parto que nos ocupa, aquella le dió una talega de pesos, aunque otros dicen que solo quinientos, y yo me atengo á esta última suma, porque lo he oido de boca que debe saberlo.

R. Y en tal caso tiene razon para quejarse. Si el doctor de los anteojos cobraba cien pesos por solo estar de visita cuatro horas, ¿cuanto debería cobrar el otro, que supongo seguiria el curso del parto has el restablecimiento de la parida!

M. Es muy cierto, porque he oido tambien que ese médico de cabecera se quedó voluntariamente ocho noches á dormir en la casa despues del parto, aunque todas las personas de ella afirman que no hubo absolutamente necesidad de tal escisgencia. Confiesan sin embargo que le están agradecidas, porque en tal comportamiento manifestó el interes que tomaba por la parida, aunque añaden que no se quedó á dormir la primera noche en que se mostraron los sintomas del parto, que justamente era en la que hacia mas falta, y la única en que se le rogó que lo hiciese, pues en todas las siguientes fue á dormir porque quiso. Raciocinando bajo la base de que solo le dieron quinientos pesos, habia la causa secreta de manifestar en el juicio con su dictamen (por via de argumento indirecto) que tal recompensa era muy poca, puesto que el doctor de los anteojos cobraba ciento por solo cuatro horas. La razon se presentaba sencilla. Por regla de proporcion, importando las ocho noches cuarenta y ocho horas, á razon de seis en cada una, y suponiendo en los ocho primeros dias seguidos al parto, que de dia perdiese en cada uno dos horas con la parida; todo lo que da un total de sesenta y cuatro horas: si es que por horas se habia de cobrar, claro es que al médico de cabecera le tocaba percibir la suma cortita de un mil y seiscientos pesos.... Nada tenia de extraño, dicen tambien, que hubiese mostrádose en el parto tan escisigente este perito, porque la casa demandada en meses atras le habia prestado con generosidad dos mil pesos, á cuenta de los que no se abonaron los quinientos en cuestion, sino que todavia los debe, segun me ha informado un miserable avechucho que en la casa lleva toda esta clase de cuentas.

R. ¡ Válgame Dios! Parece que está invertido el orden de los sucesos morales por todas partes. Seguramente que nin-

gun facultativo, hablando en casos comunes, podia haberse nombrado mas apropósito para perito, porque debia estar instruido á fondo del trabajo del doctor su compañero.

M. Se pensó en recusarlo, pero no pareció prudente á la casa agriar mas este estado de cosas. El médico del pais opinó: que una cosa era que el doctor de los anteojillos hubiese sido llamado como mero consultor, en cuyo caso estaba bastante pagado con dos ó tres onzas de oro, tratándose de una casa de posibilidades; y otra que él y el médico de cabecera se hubiesen convenido en partir entre sí la responsabilidad del cesito de las secundinas: que sobre cual de estos dos conceptos habia tenido lugar, solo podría decirlo el médico de la casa, el cual, como tú debes suponer por las razones espuestas, informó á su concoleaga en favor absolutamente del extremo que le pareció acreedor á mas crecido estipendio.

R. No deja de ser bien abstracta y metafisica esa division propuesta por nuestro paisano médico; porque un consultor siempre es responsable moralmente al bueno ó mal cesito de su dictámen. Si las secundinas no hubiesen salido bien, tanto riesgo corria la opinion del consultante con que por esas calles de Dios se digese que habia ido á la casa como consultor ocular, ó como persona asociada al facultativo de cabecera.

M. Pues, señor, ambos peritos convimieron en que era justa la demanda.

R. ¡ Hombre de Dios !

M. Sí, pero oye: atiéndeme á lo que voy á decirte. Una cosa es ganar un punto á los ojos del juez ó á los de dos peritos en quienes puede haber afecciones de espíritu de cuerpo, pasioncillas ú otros motivos innobles; y otra ganarlo á los ojos de la razon universal y del buen sentido, y ya ves que esta diferencia no tiene nada de metafisico, sino que es palpable, real y verdadera.

R. Bravo, bravísimo, eres un hombre de pro, analítico que das en el quid de las dificultades.

M. ¡ Pues todavia hay otro hecho mas inaudito, que acaba de suceder en estos dias !

R. ¡ Cual es ?

M. Otro facultativo estrangero ha tenido el omnipotente valor de cobrar veinte y una onzas de oro á un ciudadano de ejercicio „corredor de cambios“ por otras tantas visitas que le ha hecho como médico.

¡ Y se las ha pagado !

- M.* De ninguna manera. Supongo que no está tan reñido con su bolsillo. Del mismo modo que en el caso espuesto, no habiendo el escogido convenidose, el profesor ha llevado el asunto para su ventilacion al foro.
- R.* Hombre, por Dios te pido, que no dejes sobre esta materia de dar un par de renglones al público. Estoy seguro que tienes á tu favor la opinion general.
- M.* Puede ser que lo haga, porque el amor pátrio, la humanidad, y las pasiones mas nobles se hallan en gran manera afectadas en este particular. La razon fuerte que me pueda inducir á ello es, que tal vez nuestros legisladores, que se ocupan algunas veces de cosas de menor importancia, en vista de esas dos palabras, de otras mas que añadiremos si fuere necesario, y de los clamores que se elevan al cielo en este punto, pudieran tratar de la sancion de una tarifa que en lo posible ocurriese á todos los actos de los médicos en la cura de enfermedades al público.
- R.* Pero atiende. Me ocurre una reflexion... He oido á varios de esos mismos médicos estrangeros, *que nada cobran á los pobres*, clase de número inmenso en nuestro país, y que cuando curan á un rico, razon es que subsanen aquella pérdida; ó lo que sea dicho con mas conformidad á las ideas dominantes; que de esa manera indirecta, los ricos devuelven á la gente desgraciada é infeliz una parte de las crecidas ganancias que les proporciona con su continuado y productivo trabajo.
- M.* Callate por Dios: no seas mentecato. Deja esa práctica sublime para otros países en que la humanidad es considerada como merecc. Observa la nacion en que vives. Fijate en los principios, y deduce las consecuencias. La morada del infeliz entre nosotros, *jamás, jamás* ve entrar por sus puertas á ninguno de esos médicos de mar en fuera, que en su semblante parecen traer retratada la filantropia. ¡Desgraciados de los pobres si no contasen con otro auxilio! Te podría citar mil hechos en que varios de esos doctores han reusado entrar al cuarto de un pobre sirviente de la misma casa en que son médicos de pie, porque el aparato triste y grosero de sus muebles, denotó que no ha de producir alguna plata con que engrosar el bolsillo ... Si... Si... algo han de decir los hombres para disculpar las acciones que no suponen buenas. Eternamente ha sido este el manto con que se ha cubierto la hipocresia... ; Los pobres!... ; los pobres!... ; Qué valen en América los pobres, para el que quiere volver cargado á

su pais de onzas de oro, con solo dos ó tres años de trabajo?...

R. Pero dicen: — porque conviene ecsaminar la cuestion bajo todos los aspectos: — que esta clase de médicos se hace pagar mas, porque son mas doctos, mas sabiondos en el arte de curar, que los facultativos del pais. Nada tendria de particular que fuese así, puesto que vienen de parajes en que la medicina está mucho mas adelantada que entre nosotros.

M. ¡Qué equivocado estas, hijo mio! Aun suponiendo que tuviesen mas ciencia, has de saber, que uno de los signos, de los caracteres mas marcados de la sabiduria es el desinteres; y para dicha del género humano, observarás, que cuanto mas sabio es el hombre, es mas generoso y desprendido, por manera, que frecuentemente se hallan estas circunstancias unidas á las grandes cualidades del alma. Pero muy lejos de tenerlos por mas doctos, yo siempre aconsejaria á mis amigos que fuesen muy circunspectos en ocupar á los médicos estrangeros, particularmente á los que llevan poco tiempo de residir en el pais. Debemos considerar que no disfrutarán de mucha fama en su patria los profesores de medicina que dejan su pais natal por atravesar los mares y venir á domiciliarse en las regiones que por la naturaleza de su educacion, y de las instituciones políticas que han adoptado, por mucho tiempo tienen que luchar con la guerra civil que las devora. Es verdad que en Europa ecsisten magníficos hospitales, grandes establecimientos y laboratorios de toda clase en la profesion que nos ocupa. Pero ¿ crees tú que baste á formar un médico regular la teoría y la poca práctica de cuatro ó cinco años? ¿ Y que solo esto dé un derecho á tenerse por médico superior á otro que aunque no ha frecuentado esos grandes hospitales, no ha dejado de cursar los que tenemos en México, y que á un talento despejado, reúne el estudio, la práctica de muchos años, el conocimiento ecsacto del clima, y un genio de observacion continuada? Pero doy de barato que la mayoría de los profesores mexicanos se hallen muy atrás en la carrera veloz que ha seguido la medicina de medio siglo á esta parte. ¿ me podrás negar que ecsisten algunos muy capaces de alternar con los mas hábiles profesores que hasta ahora han venido de fuera? Seguramente que nó. ¿ Y como han acostumbrado y acostumbran portarse estos pocos buenos médicos de nuestro pais? Digámoslo en justicia del desinteres y hospitalidad mexicana. No presenta la historia del ejercicio de su profesion un solo hecho, en que se haya llevado á los

tribunales una demanda por su trabajo. Concedores de las posibilidades de sus conciudadanos, moderados y francos cual conviene á la profesion que tantos consuelos proporciona al alma, se han contentado y contentan con lo que buenamente da de sí cada hijo de su madre.

R. Dices muy bien, son muy convincentes tus razones.

M. Yo no negaré que de la independenciam acá, ha venido uno que otro médico estrangero bastantemente instruido. Pero obsérvalos, mi querido Ramon, y verás como se distinguen por su moderacion. Si no fuera por lastimar su delicadeza, los nombraría. ¡ Qué contraste forman sus dictámenes y comportamientos en la sociedad, con ese afan y ese prurito de ganar que distingue á sus paisanos ! El pueblo los conoce y los venera, y sea dicho sin ironía ni sarcasmo, que les está muy reconocido, y les envía la espresion mas tierna de gratitud.

R. ¡ Y no te parece que la facultad médica del distrito debia esponer al gobierno de la federacion estos abusos que redundan en desdoro del nombre mexicano, y recabar de él el mas pronto y eficaz remedio ?

M. Sin duda alguna, y ese es uno de sus principales deberes. Supongo que no podrá menos de hacerlo, si es que algun interes le causa la suerte de muchas familias, que por opulentas que se supongan, no dan sus rentas anuales lo bastante para saciar la codicia de esos hombres. El estado de aniquilamiento á que va quedando reducido el pais, imperiosamente esige una severa economia en todos los gastos improductivos que se destinan, como todas las cantidades dadas á los médicos estrangeros, para salir fuera del pais á vivificar la industria agena, sin volver su valor bajo otras formas. La legislacion pátria sobre estos puntos en el ramo de tarifas debe ser muy escrupulosa.

Te añadiré por conclusion, que muy mal me juzgará, el que por mis opiniones en la materia, me vaya á calificar de desafecto á los estrangeros. Tú conoces mis principios nunca desmentidos; mi tolerancia, y mis opiniones sobre que la continuada emigracion á nuestro pais causará su dicha. Pero necesario es que esta emigracion no se convierta en vejaciones, en desprecio, en perjuicio de los habitantes del suelo que la adoptan. Que cada uno se dé el lugar que le corresponde en la sociedad, fundando su conducta en principios eternos de justicia, sin lo cual jamás sale uno de un círculo vicioso, y verás entonces como la critica guarda su pluma.

R. A Dios. — *M.* A Dios, hijo mio.